

TODO EMPEZO CON LA LENTA MUERTE DE REINA VELEZ EN EL INTERIOR DE UNA CARROZA NEGRA PERO DE BODAS, Y CON LA NO MENOS LENTA RESURRECCION DE ARABIA BADUR DENTRO DEL MISMO CARRUAJE, UNA NOCHE DE DICIEMBRE, HACE DE ESTO MUCHOS AÑOS

Marco Denevi

*La noche de su redención, Arabia, la noche en que el ángel fue a buscarla al teatro usted no se la podrá olvidar más. Como para olvidarme, Dios bendito, de aquella noche que se presentó como cualquier otra y quién iba a decirme que pasaría lo que pasó.*

*Reina Vélez, hablemos de ella como lo que es, una difunta, trabajaba de artista en el teatro Cosmopolita de la calle 25 de Mayo. ¿Artista?, no exageremos: bailar no sabía y cantar tampoco, así que salía al escenario a lucir el físico y nada más. Pero qué físico, Arabia: nunca se vio ni se verá una vedette como ella.*

*Medía un metro ochenta de estatura y como si eso fuera poco los tacos altos la aupaban hasta el metro noventa, propiamente La Torre de los Ingleses o la Giralda. Para colmo tenía un cuerpo de boxeador, un boxeador morrudo que se había vestido de bataclana previa depilación de piernas y brazos, pero la musculatura no se depila que yo sepa y el tipo la exhibía sin ningún decoro entre tanto satén y tanta pluma. Los que la veían por primera vez se alarmaban como de una equivocación de la vista.*

*Un par de tetas que no eran tetas sino las roaillas de un urso agachado que a ella le sobresalían, vaya a saberse cómo, por abajo del esternón, no arreglaban las cosas y más bien las empeoraban. Uno se hacía la idea de que esa pechuga, demasiado dura y voluminosa para no ser postiza, y con la embocadura de una corneta en el lugar de los pezones, lo que buscaba era quitarle a cualquiera la ilusión de que ahí había carne.*

*De la cara olvidémonos. Hasta al hombre más seguro de que lo es no le vendría mal una nariz como la de Reina Vélez, prometedora, en un varón, de otras generosidades de la naturaleza, ni aquella mandíbula de rechinar los dientes con todo el santo propósito de putear al primero que mirase fijo. Para colmo se pintarrajeaba sin ninguna timidez, y lo que así conseguía era tener más facciones que las debidas o aparentar que andaba con dos caras mezcladas y las dos tan dificultosas.*

*Resultado: más de un infeliz de la platea se sobresaltó al ver aparecer a ese travesti, porque en aquella época los travestis eran una secreta tenebrosidad de las fiestas negras pero no se ventilaban sobre un escenario. Y para colmo éste mostraba bien a las claras, con su jeta de bronca, que el transformismo a que se sometía no gozaba de su aprobación. El pastinaca de la platea pensaba, para él, que el boxeador se hacía el travesti sólo para cumplir alguna apuesta o un castigo, y que entretanto andaba con los nervios de punta y dispuesto a armarle camorra al que lo tomase para el churrete.*

*Pero Reina Vélez, ¿qué hacía, en resumidas cuentas, sobre el escenario? Poco y nada si vamos a ver. Revoleaba las plumas como para desplumarse ahí mismo, pegaba unas cuantas coces, daba unas vueltas de un lado a otro como buscando un rival y noquearlo de una sola trompada, se daba sus vueltitas por la pasarela, miraba a los pasadeudas de la primera fila que se encogían en un achicharramiento de julepe, mostraba el traste, batía otra vez las plumas, volvía al escenario, volvía a escarbar la tierra, alzaba los remos musculosos porque un invisible referí le había contado al otro los diez puntos reglamentarios, y finalmente dos bailarines la tomaban de las manos y se la llevaban adentro como dos domadores se llevarían a la fiera hasta la jaula, o mejor (otra que domadores, aquellos mariconcitos), como dos modistas se irían con el maniquí a cuestras y rabiosas porque nadie les compró el vestido.*

*El público la miraba sin atreverse, por las dudas, a interrumpirle el mal humor ni con un aplauso. Bastante tenía el hombre con la injuria que le infligían. Pero él, tan corajudo y tan cumplidor, si no disimulaba el estrilo tampoco se hacía el mañero. Al contrario. Había consentido que lo convirtiesen en ese carnaval y ahora, sobre el escenario, no se negaba a imitar aunque sin gracia a las bailarinas, pero vigilaba a los espectadores con aquella cara de dedicarle una paliza al primero que se riese tan siquiera con la comisura de los labios. Nadie se reía, no faltaba más. Tanto coraje junto a tanta humillación fomentaban más bien la cortedad de genio en los concurrentes. Así que un silencio respetuoso o precavido recibía y despedía a Reina Vélez las tres veces que salía a escena.*

Cuando terminaba la función, las mujeres (salvo las que tenían marido como ellas llamaban al concubino estable), bajaban del escenario, ya vestidas con su propia ropita, y por el medio de la platea y en fila india desfilaban muy apuradas y sin mirar a nadie. Los espectadores, algunos, no todos, las seguían o ya las esperaban en el ambigú, para invitarlas a tomar una copa y después llevárselas a un hotel de los alrededores o a un cotorro los menos.

Aunque se las daba de estrella de la compañía y el programa la presentaba como ex-vedette de las revistas de madame Rassimi de París, un cuento chino, Reina frecuentaba el ambigú porque no tenía marido ni falta que le hacía. Se aparecía la última, cuando ya los puntos habían tomado ginebra y confianza.

Al verla entrar nadie se daba por aludido. La miraban de reojo y desde lejos, como si Reina hubiese sido un sujeto pendenciero y ellos no se sintieran con ánimo para provocarlo. Los únicos que se le atrevían eran los rusos.

Ella los apodaba rusos porque tenían facha de rusos, de ucranianos, de polacos o de por ahí cerquita, unos tipos cuadrados, macizos, calvos totales o a medias, de nariz ñata, acento extranjero, todos ya maduros, vestidos con severidad y dueños de una mirada violadora de comisario que ya antes de interrogar no permite que se le diga que no.

Si en el ambigú había uno de éstos, Reina sabía que esa noche no iba a dormir sola. Al ratito nomás ya lo tenía al lado, fornicándola con los ojos policiales. Nunca se preguntó por qué su figura, que acobardaba a los otros hombres, atraía a los rusos. Se lo preguntó mucho después Arabia Badur y encontró esta respuesta: algunos hombres se calientan con mujeres como Reina Vélez porque en el fondo, para ellos, la mujer ideal es un hombre que tenga entre las piernas lo que tienen las mujeres. En cambio yo pienso que es porque adivinan, en mujeres así, que se comportarán en la cama lo mismo que un hombre y todavía mejor, quiero decir, con gran sentido de la cooperación y hasta de la iniciativa y no como la mayoría de las mujeres, que se creen las ayudantes de un prestidigitador al que le alcanzan la galera y después se ponen a esperar qué es lo que el otro sacará de adentro. Si mi teoría es acertada y explica la predilección de los rusos por Reina Vélez, agregaré que ella no los defraudaba.

Además, Reina tenía entonces una predisposición que Arabia Badur se negó a compartir. Miraba a un candidato, y aunque el tipo anduviese arropado como para ir al Polo, ella sabía verlo desnudo y en todos sus pormenores. Si después él efectivamente se desnudaba, Reina comprobaba con satisfacción que no le había errado un detalle. Y bueno: los rusos, todos, a pesar de la nariz mocha para que se vea que las leyes no siempre se cumplen, le prometían por abajo del pantalón una monstruosidad tan desmedida que a ella se le dilataban los ojos como por efectos de la belladona, y a partir de esa revelación se sentía dispuesta a mostrarse de lo más agradecida por ser objeto de tanto despilfarro.

Un rato después, a escasos cien metros del Cosmopolita, en la pieza de Reina, el ruso demostraba que no sólo disponía de una fortuna en el bajo vientre sino que también sabía gastarla. Reina seguía sintiéndose inclinada al agradecimiento. Y cuando aquel dúo de generosidades terminaba, el ruso se iba como empujando un elefante muerto y Reina se dormía en un sopor de anestesia o catalepsis, dentro de aquel piezón impregnado de un olor a trapo quemado, a trementina y a puerto de mar.

De todo eso vino a salvarla el ángel.



BARRILETE